

Coloquio con Andrés Amorós

—Has recibido el Premio Nacional de Literatura por el segundo volumen de *Recuerdos y Olvidos*. ¿Cómo se puede dar un premio de narrativa a un libro de memorias?

—Pues porque resulta que los límites entre lo imaginario y lo real son muy difusos. Pese a que las memorias dependan de la estricta secuencia de los acontecimientos, son mi verdad, una verdad en la que no cuenta tanto el dato como la vida que ahí se trata. Por eso yo creo que no han tenido que torcer tanto el reglamento para darme el premio.

—Hoy, mucha gente en España escribe memorias creyendo que ha vivido cosas de interés. Según tu experiencia ¿cualquiera que se dedique a este género debe plantearse el tema de la «literariedad»?

—No. Creo que sólo el literato debe hacerlo.

—En *El jardín de las delicias* hay un diálogo entre el amor y un viejo donde recreas a Rodrigo Cota. ¿Cuánto hay de elemento autobiográfico en tu obra?

—A mí no me ha pasado nada de lo que ocurre en el diálogo a que aludes, pero lo importante es el éxito de la pretensión, es decir, que el lector crea que eso me ha sucedido a mí, lo cual, al mismo tiempo, es un poco frustrador. Sí, claro que hay elemento autobiográfico en mi obra; mi experiencia vital cuenta. A veces me baso en recortes de prensa reelaborados, pero suavizo las cosas porque la realidad, ciertamente, es mucho peor.

—No has sido un profesional de la literatura en el sentido más estricto... Has sido un poco el «escritor de los

domingos», con una obra escasa... ¿Es bueno o malo profesionalizarse en literatura?

—Nunca se puede generalizar, pero lo que sí me ha ocurrido es que no me he profesionalizado por respeto a la literatura. Los hay que tienen que producir tantas novelas al año y lo hacen. Yo, por ese respeto a que me refiero no he querido hacerlo. El inconveniente de ello es que tal vez no he extraído de mí todas las posibilidades. En última instancia y pese a esa reverencia mía hacia ella, pienso que la literatura no es tan importante como para esclavizarse de ella.

—Pero tú sabes que los hay que dicen eso de «Ah, si yo pudiera dejar la oficina y dedicarme por completo a escribir...».

—Lo que a mí me ha pasado es que, cuando he tenido algo verdaderamente importante que decir he dejado todo lo demás. El escritor que tiene urgencia por decir algo encuentra tiempo para ello.

—En literatura, ¿decide la forma?

—Me parece que sí. Lo esencial no es el argumento; son pocos los argumentos de la literatura universal: las relaciones humanas, al fin y al cabo, no son tan variadas.

—Pero, ¿no existe el peligro de llegar a un formalismo inútil?

—Claro, lo que ocurre es que cuando el contenido es mínimo o nulo, hay que apoyarse exclusivamente en la forma.

—Eres profesor y crítico, ¿ello no es un freno para la creatividad espontánea?

—En absoluto. Conocer a fondo la literatura ayuda mucho. También ayuda la crítica exterior, porque el escritor no

es consciente de todo cuanto escribe.

—¿Para quién escribimos?

—Siempre para alguien, para comunicar. Yo escribí mucho pensando en para quién escribíamos los españoles en el exilio. No lográbamos conectar con el público de nuestros países de residencia, tal vez debido a la influencia que pesaba sobre nosotros de una guerra civil por la que ellos, claro, no habían pasado.

—Veo que alguien del público se interesa por tu relación con Ortega...

—De Ortega lo he leído todo y a él lo frecuenté mucho. Era una gran figura a pesar de que yo tenga reservas sobre su pensamiento y su estilo. Con respecto a sus tertulias, por las que veo que se interesan, yo creo que se han magnificado en exceso. La mayor parte del tiempo sólo se hablaba de bobadas, de chismes. Alguna vez alguien era brillante, pero no todos los días, desde luego. En cualquier caso, era una época de esplendor.

—Y ahora...

—Yo estoy convencido de que hay una atmósfera propicia para que surjan nuevos talentos. Hay ciertamente un gran interés por la cultura, pero todavía han transcurrido pocos años desde la apertura. En los años sesenta sólo se leía el *Marca*; luego, literatura marxista y ahora se lee todo, es un claro progreso.

—Se te ha relacionado con Quevedo por la escatología...

—Quevedo es un prodigio de creación verbal, pero es mucho más escatológico que yo. Mis palabras son mucho más tímidas que las que ahora emplean las señoras en sociedad. ■